

OBISPO

Mensajes

Consejo Pastoral Diocesano

[1-2 de julio de 2022]

Mis queridos hermanos/as:

Ante todo, permitidme que os manifieste mi agradecimiento por haber aceptado ser miembros de este Consejo que, nacido bajo la inspiración del Concilio Vaticano II, he tenido el honor de haberlo constituido en esta Diócesis para poder contar con vuestro asesoramiento y ayuda en la realidad pastoral de la Iglesia en Ourense.

Quisiera saludaros con especial afecto y animaros a emprender esta nueva singladura de nuestro Consejo que, como bien sabéis, es una estructura de la *sinodalidad* vivida en esta Iglesia. Seguro que ya sois conscientes del sentido teológico de este Consejo de Pastoral porque se inscribe en la realidad constitutiva de la Iglesia, es decir, la Iglesia es una gran familia integrada por muchos miembros, cada uno diferente, de tal modo que toda comunidad auténticamente cristiana está constituida por diversidad de carismas y ministerios que brotan de la realidad fundante del Bautismo. Sabemos que, a través de este sacramento, nos incorporamos a Cristo y sobre nosotros se derraman los dones del Espíritu Santo; ese regalo del Buen Padre Dios con nosotros, que no nos hace homologables, como si fuésemos hechos en serie. No se trata de conseguir una “uniformidad”, ¡todos iguales!, sino una pluriformidad para hacer más rica la misión de la Iglesia.

Por otra parte, este Consejo no se puede entender como *una especie de cuerpo burocrático* creado por el obispo, sino que es una realidad que brota de la centralidad de la Iglesia como Pueblo de Dios que es ***sujeto y protagonista activo de la misión evangelizadora***. No podemos olvidar que ***la Iglesia existe para evangelizar***¹; es decir, la misión central de la Iglesia es llevar a cabo la nueva tarea evangelizadora. Este convencimiento se ha convertido en una convicción eclesial, de tal modo que en los últimos Sínodos de los Obispos ha sido la misma Iglesia la que se ha interrogado sobre:

- *La Eucaristía fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia* (2005).
- *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* (2008).
- *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* (2012).

1 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 14.

- *La vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* (2015).
- *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (2018).
- *Por una Iglesia sinodal. Comunión, participación, misión* (2021-23).

Como sabéis, después del Sínodo de 2012, el papa Francisco nos sorprendió con la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), en donde se nos manifiesta, de una manera clara y rotunda, que en el magisterio de Francisco la evangelización ocupa un lugar central. En la reciente carta apostólica *Desiderio desideravi* (29 de junio de 2022), sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios, nos dice: *No debemos tener ni un momento de descanso, sabiendo que no todos han recibido aún la invitación a la Cena, o que otros la han olvidado o perdido en los tortuosos caminos de la vida de los hombres. Por eso, he dicho que “sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual”*². Éste es el espíritu que motivó, fundamentalmente, nuestro Sínodo Diocesano.

Por eso, todas nuestras reflexiones, realizadas con el espíritu de libertad propio de los miembros de este Consejo, necesariamente deben estar inspirados por las proposiciones de este Sínodo que ha sido y sigue siendo una auténtica experiencia sinodal en la que nos encontramos situados, bajo ese proyecto de caminar juntos y unidos, y que hemos titulado: ***Ourense en misión***; también es necesario tener en cuenta el resultado de las reflexiones realizadas para el Sínodo de los Obispos: ***Por una Iglesia sinodal. Comunión, participación, misión***.

1. Por mi parte, no estoy dispuesto a que las 131 proposiciones elaboradas por los miembros sinodales y los representantes de nuestra Iglesia se conviertan en papel mojado. Deben vertebrar y recorrer transversalmente, y orientar, todas nuestras reflexiones.
2. Tampoco podemos olvidar que el pasado 11 de junio, en Madrid, un grupo de esta Diócesis: tres laicos, dos de ellas mujeres muy implicadas en tareas eclesiales, un sacerdote y yo mismo, hemos asistido en representación de nuestra Iglesia a la Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española. Ha sido un acto multitudinario en el que se presentó y se nos dio a conocer: la ***Síntesis sobre la fase Diocesana del Sínodo sobre la Sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España***. Este documento lo tenéis a vuestra disposición en la web y podéis acceder escribiendo el texto antes mencionado y la fecha, 11 de junio de 2022. Es imprescindible que leamos y reflexionemos este texto

2 Francisco, Carta apostólica *Desiderio desideravi*, (29.6.2022), n. 5.

y no nos quedemos en lo que ha dicho la prensa que sólo ha subrayado unos aspectos –especialmente agradables para los Medios–, pero que no responde a la realidad de lo reflexionado por la gran mayoría de los grupos sinodales de las Diócesis españolas; más bien, por delicadeza con estos grupos, se ha querido recoger lo que han dicho, porque uno de los criterios del Papa para este proceso es la “escucha”.

3. Tanto las reflexiones previas de nuestro Sínodo Diocesano, como las de este último sobre la sinodalidad, nos han ofrecido unos análisis que no podemos dejar caer en el olvido y que deben iluminar nuestras reflexiones pastorales y las determinaciones oportunas.
4. A la luz de todo esto, quisiera animaros a todos vosotros a que nos centremos en la realidad y nos olvidemos del criterio de “cristiandad” social que tantas veces está ínsito en nuestras reflexiones y determinaciones. Estamos llamados a ser y a constituir pequeñas comunidades, abiertas y con un rostro poliédrico. De ahí que he propuesto como primer tema de reflexión para nuestro Sínodo: ***La parroquia: realidad, identidad y perspectivas de futuro***. En este mismo sentido, las ***Xornadas de encontro dos cregos de Galicia***, a celebrar en Poio, en el próximo mes de septiembre, centrarán su reflexión sobre: ***O futuro da parroquia!!! La parroquia del futuro***.
5. Debemos de adelantarnos a este hecho. La situación actual no resiste cinco años, sobre todo si prestamos atención al número de habitantes de nuestras parroquias rurales y también a las del centro de la ciudad, y al número y disponibilidad de los sacerdotes. Se va haciendo una reestructuración en UaPs. Pero es necesario admitir que la filosofía de fondo de esta estructura pastoral no ha entrado en la mayor parte del clero y, por ende, en nuestros fieles laicos.
6. Otro tema importante es la Catequesis, de manera especial del Catecumenado. La semana pasada sentí la satisfacción de poder presentar a la Comisión Permanente de la CEE, como Presidente de la Comisión de Liturgia de la CEE, la reimpresión del *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* (RICA), que estaba agotado. Por otra parte, tengo que deciros que se está trabajando en *Un nuevo catecismo para adultos*, teniendo en cuenta las sugerencias del nuevo *Directorio de Catequesis*, que se vertebra en cuatro apartados:
 1. Precatecumenado.
 2. Catecumenado.
 3. Purificación. Iluminación.
 4. Mistagogía.

Esperamos que se pueda aprobar en la Plenaria de noviembre. Será de una gran utilidad. Esto no quiere decir que nuestra Delegación de Ca-

tequesis no siga trabajando en la línea trazada por el Directorio, porque después de ver el planteamiento de ese nuevo catecismo, creo, sinceramente, que la Delegación diocesana de Catequesis, unida al Secretariado de los Catequistas de Galicia están en el mismo camino.

7. Junto con la parroquia y la catequesis, es necesario apostar por la **Familia**. Sin ella, no se podrá realizar un buen proyecto parroquial, ni catequético. En este sentido quisiera recordarles lo que ya he dicho en la carta pastoral **Ourense en misión** (2015): *Hoy no podemos afrontar una nueva evangelización si no tomamos en serio ese campo de misión que es la familia (...) es necesario apostar por la familia*³.
8. Por último, creo que es necesario replantearnos el tema de los **jóvenes y de las vocaciones**.
 - Implicarnos en la PEJ.
 - Comenzar a trabajar en la JMJ de Lisboa.
 - A raíz de la visita de la **Cruz de Lampedusa**, he podido constatar una muy buena acogida y actitud por parte de los docentes, no sólo de los colegios concertados católicos, sino también de los públicos. Es conveniente descubrir cómo ciertos temas de solidaridad: Lampedusa, la colaboración con Ucrania por parte de comunidades parroquiales y de colegios, el voluntariado en nuestra Cáritas, etc., son un cauce de apertura a esos jóvenes que ya no van al templo y sí se acercan a estas periferias de nuestra Iglesia.
9. Relacionado con este último punto, creo que debemos de apostar por la formación de nuestras gentes, de manera especial de los agentes de pastoral. Si hace falta ayudarles, pensad cómo desde las parroquias o desde los colegios se pueden establecer becas y otro tipo de ayudas. Quisiera recordaros que, entre las reflexiones del **Sínodo sobre la Sinodalidad**, se hace esta afirmación que creo podemos hacer nuestra: *El paso de la vivencia interior de la fe a la presencia pública transformadora de la sociedad tiene como puente la formación*. Después de los dos *motu proprio* del papa Francisco, tanto el *Spiritu domini* (10 de enero de 2021), en donde se clarifica el espíritu del can. 230 § 1, con el cual los ministerios de **Lectorado y Acolitado**, que desde el *Ministeria quaedam* de Pablo VI, habían sustituido a las llamadas ordenes menores y quedaban solo abiertos a los laicos varones, ahora, a través de este *motu proprio*, se abren a todos los fieles, independientemente de su sexo; al igual que esto, el **ministerio de catequistas**. Además de lo anterior, ya está a nuestra disposición el subsidio sobre las *Celebraciones en espera de presbítero*, que nos puede ayudar a revitalizar, con seriedad, los equipos

3 Carta pastoral *Ourense en misión*, p. 22.

de ADEP, a fin de que adquieran la formación adecuada. Tenemos que apostar por un *laicado mejor formado* para desempeñar estos ministerios y que sirvan de ayuda a los sacerdotes.

10. Esto quiere decir que nuestros centros académicos de rango universitario: el *Instituto Teológico Divino Maestro*, afiliado a la UPSA y cuyos estatutos han sido ratificados recientemente por un nuevo quinquenio; así como el *Centro de Ciencias Religiosas* (que hasta el momento estaba configurado como un aula del Instituto Superior Compostelano de CC.RR., y sobre el que, en estos últimos días, estuve hablando con dos de los arzobispos moderadores de dos entidades universitarias y, casi con toda seguridad, pasará a convertirse en Instituto de CC.RR.), se pondrán al servicio de aquellos/as que deseen recibir los ministerios antes mencionados para que puedan cursar algunas materias en ellos. Pero sería muy necesario que este Consejo Pastoral Diocesano asumiera, como preocupación por la formación propia y de nuestros laicos, buscar aquellas personas prejubiladas y dispuestas a seguir formándose, como sucede con la llamada universidad de los mayores –o de la tercera edad–, y las animara a inscribirse en algunos de los cursos de dichas instituciones.
11. Esto no es óbice para que nos desentendamos de llevar a cabo una buena *cultura vocacional* que resulta imprescindible. Si ya antes estaba convencido, ahora lo estoy más. Pero esa cultura vocacional pasa por los sacerdotes y, sobre todo, por las familias. Nada pueden hacer nuestros seminarios si estas dos entidades, por así decirlo, no colaboran con nosotros. Ejemplos tenemos de esta grave situación que afecta, prioritariamente, a los resultados del Seminario Menor.
12. Os animo a que, con **el corazón lleno de esperanza**, os convirtáis en verdaderos animadores de nuestros sacerdotes para que recuperen la ilusión que tantas veces ha quedado oscurecida por la inercia pastoral y las dificultades encontradas en el camino.

Muchas gracias.

O Día de Galicia
[25 de julio de 2022]

A lo largo de estos meses, muchos “caminos”, y no sólo ellos, sino también las miradas de muchos corazones, se dirigen a Santiago de Compostela. Desde el siglo IX –dicen algunos expertos–, “Compostela” la ciudad “bien construida”, “hermosa” se convirtió en una especie de polo de atracción para tantos hombres y mujeres del mundo conocido hasta entonces. Unos venían por un auténtico espíritu de piedad cristiana, otros por haber realizado una promesa o un compromiso con el “Hijo del Zebedeo”; algunos venían sustituyendo a otros, y también caminaban, hacia el que se estaba convirtiendo en “faro de Occidente”; muchas otras personas que por todos los variados motivos, que imaginar se pueda, se lanzaban a los caminos hacia Santiago. En realidad, el Camino de Santiago se convirtió, en un camino de conversión.

Si para destacados personajes del espíritu, Europa se hizo peregrinando en torno a la memoria del Apóstol Santiago, podemos afirmar que esta misma secular peregrinación ha transformado la llamada “**Europa del espíritu**”. Así la denominaba uno de los grandes intelectuales de finales del siglo XX y de comienzos del XXI, me refiero a Benedicto XVI, con estas palabras: *¡Ten seguridad! ¡El Evangelio de la esperanza no defrauda! En las vicisitudes de tu historia, escribía Juan Pablo II, de ayer y de hoy, es la luz que ilumina y orienta tu camino; es fuerza que te sustenta en las pruebas; es profecía de un mundo nuevo; es indicación de un nuevo comienzo; es invitación a todos, creyentes o no, a tratar caminos siempre nuevos que desemboquen en la **Europa del espíritu**, para convertirla en una verdadera “casa común”, donde se viva con alegría* (Exhortación *Ecclesia in Europa*, n. 121). Y yo me atrevería a decir, con alegría y esperanza, porque es precisamente la esperanza esa realidad fuerte que necesita Occidente.

Cuando volvemos a repasar las páginas, auténticamente críticas, de la historia de la Europa que conocemos, descubrimos cómo a lo largo del Camino de Santiago se han hecho realidad una serie de logros colectivos de aquellas comunidades cristianas: catedrales, monasterios, parroquias, santuarios, universidades, hospitales, lazaretos. Toda esta realidad, todavía existente, no son hermosas reliquias de un pasado silente; son expresiones variadas que pueden funcionar como “despertadores” de tantas conciencias dormidas. Además, el Camino de Santiago ha dejado, y sigue haciéndolo, una serie de raíces que han generado el encuentro entre diferentes civilizaciones y culturas, muchas de las cuales han tenido su origen en el entorno de la antigua Mesopotamia y el Mediterráneo.

Un mundo y, por consiguiente, también la vieja Europa encerrada en sus intereses económicos, además de ser injusta con los demás pueblos de los que ella es deudora, también se asfixia a sí misma. Están equivocados aquellos

que piensan que todo se soluciona convirtiendo a su país (patria, nación) en una especie de isla del bienestar social que hay que defender, incluso a costa de sacrificar a algunos individuos concretos (con el aborto, la eutanasia, etc.). Un planteamiento de este tipo ni es realista ni es justo ni va de acuerdo con lo más íntimo que encierran en su corazón una gran mayoría de los ciudadanos. Por eso, decir “Camino de Santiago” es decir “Europa”, es afirmar la existencia de los valores cristianos que se encuentran en el trasfondo de nuestra realidad socio-cultural, queramos o no admitirlo. Por eso, el papa Francisco, aplaudido en muchas de sus afirmaciones y silenciado en otras, ha afirmado que, *si hiciésemos desaparecer la fe en nuestras ciudades, se debilitaría la confianza entre nosotros, porque quedaríamos sólo unidos por el miedo.*

No son pocas las realidades que caracterizan el mundo de hoy, carentes de esa fe y, por lo mismo, deudoras del miedo: la crisis demográfica que estamos viviendo en nuestras aldeas, villas y ciudades, muchas ya vacías de savia joven y, por tanto, de futuro; la banalización mediática de dimensiones muy importantes del ser humano como es todo lo que se refiere a la sexualidad; el mismo cuestionamiento de la familia –que sigue siendo una de las instituciones más fuertemente valorada por todos los ciudadanos, también por los jóvenes–; la prevención ante los migrantes; la desconfianza hacia las instituciones públicas; la parálisis progresiva que experimentamos ante el compromiso personal que destruye un sinnúmero de relaciones humanas y las abre a la ruptura como única solución, cuando en realidad es un camino sin retorno; y no digamos nada acerca de la crisis que se está experimentando en el ámbito educativo a todos los niveles.

En medio de estas circunstancias, que alguno puede estimar que son muy negativas, celebrar el Día de Galicia, es vivir un encuentro con las raíces de nuestra historia que no se puede entender sin la existencia del fenómeno socializador de la fe cristiana en nuestros pueblos y entre nuestras gentes. Un hecho con luces y sombras, como lo son todas aquellas empresas en donde está implicado el genio humano; sin embargo, en este caso son muchas más las realidades positivas iluminadas por el genio del Evangelio, predicado por los discípulos de Jesús, y que la tradición jacobea hizo realidad viva en el testimonio de uno de los “Amigos del Señor”.

Que la celebración de la fiesta de Santiago, en este Año jubilar compostelano, Día de Galicia, sea una ocasión propia para recuperar las raíces auténticas de nuestro ser y de nuestro obrar que hicieron fecunda una civilización en la que hemos nacido y crecido y deseamos que en ella encuentren un faro de esperanza las nuevas generaciones.

Con mi bendición y afecto,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Estamos con la Iglesia en Nicaragua

Sigo de cerca con preocupación y dolor la situación creada en Nicaragua que involucra a personas e instituciones. Con estas palabras, el santo padre Francisco se unía este pasado Domingo, en el momento del Ángelus, al clamor de la Iglesia universal, puesto que, desde hace tiempo, pero de manera especial en estas últimas semanas, los católicos del mundo miramos a Nicaragua. Este amado país de Centroamérica lleva tiempo sufriendo una situación de grave deterioro en el respeto de los derechos humanos, consecuencia de una dictadura cruel e inhumana. Sabemos, gracias a la prensa libre, que en los últimos años se está llevando a cabo una persecución contra la Iglesia Católica: robos, sacrilegios, profanaciones, iglesias quemadas, encarcelamiento de sacerdotes, expulsión de las Misioneras de la Caridad –Hijas de la Madre Teresa de Calcuta–, cancelación de todas las ONGs vinculadas a la Iglesia, cierre de las radios católicas, expulsión del Nuncio de su Santidad, un Obispo y varios sacerdotes exiliados, etc. En estas últimas semanas la situación ha ido empeorando y se ha producido además la detención y secuestro de Monseñor Rolando José Álvarez, Obispo de Matagalpa, de varios sacerdotes y laicos, entre ellos dos seminaristas.

Como Iglesia que peregrina en Ourense sentimos más viva que nunca la comunión eclesial con nuestros hermanos nicaragüenses, sabiendo que también ya algunos viven entre nosotros, y nos unimos con ellos a la Pasión de Cristo. En nuestra Diócesis, en los últimos veranos y Navidades, hemos gozado de la presencia de sacerdotes de Nicaragua que han colaborado con humildad y entrega en todas las labores pastorales que se le han pedido en diversas zonas del territorio diocesano. Es por ello que con más motivo, y como un deber de justicia y caridad, suplico a todos los hijos de Dios que vivís vuestra fe en estas tierras de Ourense que, con nuestra oración y ayuda, nos unamos al llamamiento del papa Francisco y de la Conferencia Episcopal Española, junto con todos los católicos del mundo. Os ruego a todos, especialmente a los sacerdotes, para que hagáis llegar esta súplica a todos los fieles, y así seamos muchos los que recemos y ayudemos al pueblo nicaragüense. En especial, se lo suplicamos a su patrona, la Virgen María en su advocación de Inmaculada Concepción, para que se devuelva la libertad a todas las personas presas por motivos ideológicos y de fe, y que se restablezca la libertad de culto y de acción para la Iglesia.

Como propuesta concreta pido a todos los sacerdotes que en todas las Misas que se celebren el próximo Domingo, 28 de agosto, se haga esta petición expresa, y que en las próximas novenas que vamos a celebrar a nuestra Madre la Virgen, en el mes de septiembre, se lleve a cabo una mayor concienciación sobre lo que están sufriendo nuestros hermanos católicos en Nicaragua y en

otras partes del mundo, y con ellos tantos hombres y mujeres inocentes. En la Oración de los Fieles, no nos olvidemos de hacer una oración por la paz en el mundo, por los cristianos perseguidos, para que se respeten los derechos humanos, en particular en los pueblos martirizados de Nicaragua, Ucrania y en varias naciones africanas.

Ourense, a 22 de agosto de 2022, memoria litúrgica de Santa María Reina

Con mi bendición y afecto,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Cameixa

Saludo a la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfílica Miño de Ourense

Como viene siendo habitual, me sumo con agrado a la Exposición de San Martiño organizada por la *Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfílica Miño*, que este año celebra su trigésima segunda edición. Todos los años nos ofrece la posibilidad de recuperar, dándole cabida en una publicitación tan especial como la edición de un sello, de un monumento del patrimonio histórico-artístico que embellece y engrandece la provincia de Ourense. En este caso, el motivo asignado es la parroquia de *San Martiño de Cameixa* en el concello de Boborás.

Cuando hice mi visita pastoral a esa comunidad parroquial, me encontré con un templo que me hizo retrotraer en el tiempo. Una reliquia de la historia del arte y un testimonio casi solitario –sólo acompañado por la tumba de los que se fueron– en un entorno de una gran belleza. Aunque este templo forma parte del término municipal de Boborás, en realidad pertenece a la comarca de O Carballiño, y desde el punto de vista de la organización eclesiástica de la Diócesis de Ourense, al Arciprestazgo de O Carballiño.

El templo es de factura románica con añadidos posteriores, sin embargo, mantiene elementos arquitectónicos de una gran belleza. Si damos una vuelta por el entorno del edificio, recorriendo el perímetro de su fábrica, descubrimos la parte posterior del ábside románico; en los últimos años se ha procurado que la mayor parte de las tumbas, adosadas al templo, se fueran clausurando y, en la actualidad, están prohibidas. De este modo, el edificio sacro está casi todo él rodeado de un césped verde, que nos hace remontar a sus orígenes, y que le confiere una gran belleza al realzar el edificio. Su planta ha permanecido casi intocable hasta que, en el siglo XVII, se ha procedido a construir un espacio adosado a la fábrica románica para que sirviese de sacristía.

Os animo a visitar este bellissimo templo, al tiempo que os invito a descubrir, muy cerca de Cameixa, los de Moldes y Xurezás. En este último os encontraréis con dos baldaquinos góticos que os impresionarán como lo han hecho conmigo la primera vez que lo visité. Evidentemente, sentiréis un poco de tristeza, al descubrir el deterioro en el que se encuentran. En aquel momento, me imaginé este templo situado en la campiña francesa, o en los Países Bajos, estoy por asegurar que lo tendrían cuidado como una joya, que es lo que debiera ser también aquí. Una de las consecuencias positivas de esta exposición y de la puesta en circulación de un sello conmemorativo es la publicitación de estos testimonios arquitectónicos de nuestro patrimonio, que sigue siendo ignorado por muchos de nuestros conciudadanos.

San Martín de Cameixa es un templo que ya desde el año 1155 aparece vinculado al monasterio de Oseira, y hasta bien entrado el siglo XIII son varios los documentos en donde se hace mención de las donaciones, herencias y cesiones concedidas al mismo por algunos fieles cristianos que fueron sus mecenas. Uno de los documentos más interesantes es del año 1274, en el que nos encontramos con la manda testamentaria de Doña Urraca Eanes de Cercio, la cual manifiesta su deseo de ser sepultada en el monasterio de Santa María la Real de Oseira y, como agradecimiento, cede a este cenobio el derecho de patronazgo que ella poseía sobre la iglesia de san Martín de Cameixa.

Me gustaría concluir este escrito manifestando que lo que ahora vemos es sólo una parte de la realidad que ignoramos y que se encuentra dispersa por nuestra geografía gallega. No es infrecuente encontrar a alguna persona que nos manifiesta que no conoce muchos de los monumentos más emblemáticos, incluso de la Ciudad de las Burgas. Si nos acercamos a la catedral de san Martiño, de la ciudad de Ourense, nos sorprenderá la factura de este grandioso templo, que como afirma alguno de aquellos eclesiásticos que lo estudiaron, *sorprende al visitante, por su recoleta belleza, sobria elegancia, luminosidad equilibrada y funcionalidad litúrgica*, pero no nos paramos a pensar que anteriormente a este edificio, que data de la segunda mitad del siglo XII y comienzos del XIII, existieron otros precedentes. Eso mismo acontece con Cameixa, pues en unas reformas realizadas en 1863 se encontraron restos arquitectónicos de otro templo anterior del siglo VII. Ésta es la prueba evidente de la antigüedad de nuestra Iglesia en Ourense que es necesario seguir estudiando, para descubrir sus primeros orígenes históricos, que hunden sus raíces en un pasado cargado de luces y sombras, que de vez en cuando asoman a la luz gracias a las investigaciones y a las exploraciones arqueológicas del entorno de nuestros antiguos templos.

A través de la ocasión que me brinda esta exposición, con motivo de la Exposición de San Martiño, quisiera animar a los jóvenes investigadores a que, dejándose llevar por la pasión de la recuperación de la memoria histórica, se afanen por objetivarla a través de los estudios serios que nos hablan no sólo a través de los documentos, sino también por medio de los hallazgos arqueológicos. Y, en una época en donde la ideología pretende arrastrar a la realidad es imprescindible que los restos existentes del pasado, recuperados en el presente, nos ayuden a proyectarnos en el futuro para ser los verdaderos centinelas del mañana; para ello es bueno no olvidar, lo que nos recuerda el papa Francisco, que siempre la realidad es más importante que la idea.

Con mi bendición y afecto,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilías

Solemnidad de santa Clara de Asís

Monasterio de san José de Vilar de Astrés, 11 de agosto de 2022

Flp 3,8-14

Mt 19, 27-29

Mi querido hermano en el Episcopado, querido D. Francisco José.

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Saludo con un especial afecto a la Madre Abadesa y a la Comunidad de las Clarisas Reparadoras, las “Damas pobres de Santa Clara”, de este Monasterio de san José de Vilar de Astrés.

Mis queridos amigos y amigas de esta Comunidad, en especial me dirijo a vosotros los feligreses de la Purísima de Vilar de Astrés:

Como todos los años, hemos acudido a la llamada de esta Comunidad monástica para celebrar la solemnidad litúrgica de santa Clara, su madre fundadora. Sin embargo, no conviene olvidar que cada vez que nos acercamos a la celebración de la Eucaristía, antes de que nuestra respuesta a esta invitación fuese efectiva, es necesario que sepamos descubrir que, tras esta invitación, de una manera misteriosa, viva y eficaz, está el deseo del mismo Resucitado de encontrarse con nosotros a través de estos signos que configuran la Eucaristía: gestos, palabras, cantos, presencia de los hermanos en donde reverbera el rostro del Señor. Es decir, no podemos olvidar nunca que, cada vez que vamos a Misa –como decimos coloquialmente–, el motivo principal es porque somos atraídos por el deseo que el Resucitado tiene de nosotros. Por nuestra parte, sabemos muy bien que la única respuesta posible e inteligente es la de rendirnos al amor misericordioso, y dejarnos atraer por Él. Es más, podemos afirmar que cada comunión nuestra con el Cuerpo y la Sangre de Cristo fue deseada por el mismo Señor Resucitado desde aquélla que fue la primera y última Cena de Jesús con sus discípulos.

Esta realidad vivida de una manera experiencial era lo que cautivaba el corazón de santa Clara, de tal modo que nos cuenta Tomás de Celano –biógrafo de los dos santos de Asís– que las enseñanzas de la santa a través de sus cartas, no son pura retórica, sino que constituyen una afirmación sencilla y tajante de la realidad experimentada por ella misma. Así lo demuestran los testimonios de sus hijas y compañeras en el monasterio, poco después de su muerte. Todas declaran con la emoción de lo vivido lo que habían contemplado hecho realidad en medio de ellas mismas: su increíble vida de penitencia; la frecuente meditación de los dolores y la pasión de Nuestro Señor

Jesucristo; de su paciencia y alegría en medio de las frecuentes enfermedades que tuvo a lo largo de su vida, no muy longeva, pues murió con sólo 59 años; y sobre todo de su intenso amor a Jesucristo-Eucaristía. Era tan intenso este sentimiento que, con las mismas palabras del apóstol Pablo podemos decir que *todo lo consideraba pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor* (Flp 3,8). Este sentimiento fue el que le llevó, en cierta ocasión, precisamente en la solemnidad de la Natividad del Señor, encontrándose gravemente enferma, a suplicar al buen Dios el poder participar en las Vísperas y en la Misa de esa hermosa fiesta y, sin abandonar su lecho de enferma, fue transportada a la iglesia de san Francisco para asistir a aquella solemne celebración. Acontecimientos similares se repitieron más veces a lo largo de su vida.

Este hecho viene recogido en las *Floreceñas de san Francisco*; aunque no es éste el lugar para analizar si ha sido verdad o una fantasía provocada por la fiebre de la enferma, lo que si nos importa es que para Santa Clara el contenido del Pan partido es la cruz de Jesús, su sacrificio en obediencia amorosa al Padre. Estaba convencida de que, si no hubiéramos tenido la primera y última Cena, es decir, la anticipación ritual de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, no habríamos podido comprender cómo la ejecución de su condena a muerte pudo ser el acto de culto perfecto y agradable al Padre, el único y verdadero acto de culto. Por eso ella era consciente de esa realidad que le llevaba a contemplar, viviendo experiencialmente, la pasión de Jesús, cotidianamente, porque *quería conocer al Señor, la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos* (cfr. Flp 3, 8-14).

Si los discípulos del Crucificado no hubieran huido al ver a Jesús en la cruz, si hubieran tenido la valentía de soportar aquel acontecimiento dramático, sabrían descubrir el auténtico sentido de lo que significaba que de aquel “cuerpo entregado” y de aquella “sangre derramada” es de lo que hacemos memoria en cada Eucaristía. Por eso, en los relatos evangélicos postpascuales, cuando Jesús vuelve resucitado de entre los muertos, lo hace partiendo el pan con los discípulos de Emaús y, también delante de los suyos que, frustrados por los acontecimientos que se negaban a creer, entre otras cosas porque decían que era “cosa de mujeres”, se habían vuelto a pescar peces y no hombres, en el lago de Galilea; aquel gesto de “partir el pan” les abrió sus ojos, los curó de la ceguera provocada por el horror de la cruz, haciéndolos capaces de “ver” al Resucitado, de creer en la Resurrección. Sin embargo, la Eucaristía y la Cruz están muy unidas en el pensamiento y en la vida de Santa Clara, de tal modo que la cruz se convierte en la puerta de la gloria; idea que nos recordaba estos últimos días otra gran mujer, mártir y patrona de Europa,

Edith Stein. Ella llegó a vivir esa experiencia de tal modo que la cruz para ella, y también para nosotros, es la puerta de la gloria y el camino hacia la luz. Hacia la luz plena y eterna.

Por eso, desde los comienzos, la Iglesia fue consciente de que la Eucaristía no era una representación teatral de la Cena del Señor, por muy sagrada que esta fuera. Si fuese así, no habría tenido ningún sentido y a ninguno se le hubiera ocurrido “poner en escena” aquel excelso momento de la vida del Maestro. Desde el principio, iluminada por el Espíritu Santo, la Iglesia comprendió que lo visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, lo concreto del Verbo encarnado, había pasado a la celebración de los sacramentos, de manera especial de la Eucaristía. Así lo vivieron los santos, los mejores hijos de la Iglesia, así nos lo enseña a vivir santa Clara, a vosotras sus hijas, y a cada uno de nosotros los aquí presentes, a los que tanto bien ha hecho en nuestra vida el testimonio de esta gran mujer a través de sus hijas. Testimonios vivos de la claridad de su existencia.

Hermanos míos, aquí reside toda la poderosa belleza de nuestras celebraciones litúrgicas. Ojalá nos dejásemos fascinar por este hecho, sobre todo nosotros los sacerdotes. Si la Resurrección fuera sólo un concepto, una idea, un pensamiento; si el Resucitado fuese tan solo el recuerdo que nos han transmitido otros, aunque sean tan autorizados como los mismos Apóstoles; si no se nos diera también a nosotros mismos la posibilidad de un verdadero encuentro con el Resucitado, sería como declarar agotada la novedad del Verbo hecho carne.

En cambio, el misterio de la Encarnación de Dios, además de ser el único y novedoso acontecimiento que la historia conoce –un Dios que se ha hecho carne, que asume nuestra carnalidad–, este misterio de la encarnación podemos decir que se ha convertido en el método –utilizando palabras del papa Francisco en su carta *Desiderio desideravi*– que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión con Dios Padre y gracias a ese don de la paternidad de Dios, nos hemos podido abrir a la comunión con los hermanos. La fe cristiana, o es un encuentro con el Dios vivo, o no es fe cristiana.

Cada vez que nos acercamos a contemplar la vida de los santos nos re-encuentramos con el rostro de Jesucristo, el rostro visible del Dios invisible: *Dios de Dios, Luz de Luz*. Y ante este Dios se relativiza todo lo demás, como aconteció con aquella joven doncella de la ciudad de Asís. Se entregó toda ella a ese Dios; dicen las crónicas, que cuando era acosada por sus propios familiares que querían apartarla de su propósito, a ella que había experimentado todo lo que nos recuerda el Evangelio de Mateo: *Todo el que por mí deja casa, hermanos, o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna* (Mt 19, 29), se acogía a la protección de la madre Iglesia y se agarraba al altar, ¡qué hermoso simbolismo! ¡agarrarse

al altar! Es como quererse agarrar a sólo Cristo. De este modo venció las resistencias familiares.

A Santa Clara debemos pedirle por la fortaleza de las vocaciones. De hecho, cada vez más, nos estamos encontrando con familias –incluso creyentes– que, cuando alguno de sus hijos o familiares jóvenes manifiestan signos de vocación, presentan una resistencia que agosta la ilusión de una llamada. Supliquémosle a santa Clara que nuestros jóvenes, y también todos nosotros, podamos hacer viva aquella experiencia que en momentos de dificultad le llevó a decir a san Pablo: *La realidad es Cristo* (Col 2, 17).

¡Sí! La única realidad que puede dar esperanza, plenitud de vida y, además, el ciento por uno... y la vida eterna, es Cristo. Así se lo recordaba el cardenal Martos a los jóvenes reunidos en Santiago, con ocasión de la PEJ, en esta última semana. Todos nosotros, unos directamente y otros de forma indirecta, hemos presenciado y asistido a esta explosión primaveral de fe en el rostro de un mundo escéptico, engreído, metalizado y pagado de sí mismo. Sí, hermanas y hermanos: *la realidad es Cristo*, pero un Cristo vivo, y sólo Él pueda darnos la plenitud de nuestro ser y de nuestro vivir.

Si somos capaces de descubrir que la auténtica realidad es Cristo, nos convertiríamos en *testigos misioneros*. Y no penséis que necesitamos misioneros para ir allende nuestras fronteras; ello, también. Pero, os aseguro que en nuestro territorio diocesano hay lugares para la misión y gentes que nos están esperando porque *caminan como ovejas sin pastor*. Ha llegado el tiempo..., y ya está aquí, en el que, como Clara y Francisco de Asís, tenemos que apostar por plantear nuestra vida y ministerio desde la clave de la misión.

Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos (Sal 115,15). En aquel atardecer del 11 de agosto de 1253, acompañada por sus hijas, y los fieles seguidores de san Francisco, Clara de Asís desde la austeridad de aquel camastro en la limpia pobreza del Monasterio de san Damián, pasó a la claridad de la presencia de Aquél al que había entregado su vida por amor.

La Iglesia ha declarado a santa Clara patrona de los medios audiovisuales y de las telecomunicaciones (1958). La piedad popular le ha encomendado el buen tiempo, que en estos momentos nos resulta apremiante para muchos de nuestros pueblos y sus gentes sin agua y acosados por los incendios. Pero también le encomendaría las vocaciones; a ella que se convirtió con su vida en atracción de muchas jóvenes a la llamada de Jesús. Pensemos también en las necesidades de nuestra Iglesia: supliquémosle a santa Clara que nos conceda vocaciones sacerdotales, porque si tenemos buenos sacerdotes con un auténtico corazón misionero, como el mundo de hoy necesita, también tendremos vocaciones a la vida matrimonial cristiana y a todo tipo de vida consagrada.

Que así sea.

Apertura del curso académico 2022/2023

Capilla Seminario Mayor Divino Maestro, 26 de septiembre de 2022

Saludo a los Sres. Rectores del:

Divino Maestro.

Redemptoris Mater.

Seminario Menor A Inmaculada.

Al Equipo directivo del:

Instituto Teológico Auriense Divino Maestro.

Centro de Ciencias Religiosas.

Instituto da Familia:

En este acto nos reunimos todos los centros académicos superiores y el Seminario Menor que desarrollan sus funciones bajo la moderación del Obispo de Ourense. Lo hacemos como creyentes invocando la ayuda del Espíritu Santo para que ilumine nuestros trabajos y esta nueva singladura académica que, en esta ocasión, la vamos a realizar en situaciones sociopolíticas y económicas muy complejas.

El panorama que se divisa en el horizonte inmediato es muy difícil, la guerra de Ucrania, que ya está generando dificultades entre nosotros: restricciones, complicaciones económicas que afectan negativamente a las personas y a las instituciones... y no solo eso, sino que en otros lugares del mundo se observan situaciones dolorosas, como en Nicaragua, donde se está llevando a cabo una persecución contra la Iglesia Católica: sacerdotes encarcelados y algún obispo privado de libertad, medios católicos acallados a la fuerza, carestía y pobreza. Lo mismo se puede contemplar en algunos países hermanos de Latinoamérica: Venezuela, Cuba, por no citar otros. Pero si volvemos la mirada más cerca de nosotros, nos damos cuenta de la violenta situación que se vive en las jóvenes naciones centro-africanas. Todo ello está provocando que a nuestro país estén llegando muchas personas que huyen de sus ficticios paraísos.

¿Qué estamos llamados a realizar nosotros que vamos a dedicar nuestro tiempo al estudio y a la formación? Si nos dejamos llevar de una mirada de fe y contemplamos la situación desde una perspectiva cristiana, ¡podemos hacer mucho!

El Evangelio de Lucas nos dice: “El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado” (Lc 9, 46-50).

En primer lugar: acoger a todos los que llegan y atenderlos ¡como si fuese Jesús! Y acoger significa acompañar en sus dolores y preocupaciones, ¡seamos generosos! Porque vienen con lo puesto y a nosotros nos sobra mucho.

Pensad, mis queridos amigos, cuánto gastamos en cosas superfluas, de qué gastos cotidianos podemos prescindir. Podemos constituir una bolsa solidaria entre los niños y jóvenes de vuestra edad que nos sirva para remediar muchos males; sabiendo que con la unión de muchos pocos se puede conseguir la realización de grandes obras. Y no se trata de realizar acciones extraordinarias; ¿os imagináis cuántas cosas se pueden hacer con el importe de prescindir de un refresco a la semana, o una cajetilla de tabaco?, por decir algo concreto. Respetar y no tirar los alimentos sería otro compromiso. Gastar lo necesario y evitar lo superfluo... supondría una gran política educativa. El cuidado del medio ambiente: limpieza del entorno, arreglo de los desperfectos; sentir las cosas de todos como propias, incluso el mobiliario urbano, no podemos ni destruirlo, ni maltratarlo, ni pintarlo... Así construimos un planeta más fraterno y hermoso.

Debemos educarnos en la austeridad que nada tiene que ver con la cicatería, así como la pobreza nada tiene que ver con la miseria; pero no podemos vivir una existencia de ricos: luces encendidas de la mañana a la noche; la calefacción al máximo y las ventanas abiertas de par en par. Con estos ejemplos caseros y cotidianos, lo que pretendo es realizar una llamada a ser responsables, con el medio y con el ahorro de energía, en una situación mundial de graves emergencias.

Debemos mirar más a las necesidades de los otros y centrarnos mucho menos en nuestro “yo” y sus circunstancias, que tienden al aburguesamiento y, si no nos cuidamos, nos llevan al egoísmo y a la autorreferencialidad: sólo lo mío es importante.

Seamos generosos y apostemos por apadrinar proyectos que nos ofrece Cáritas, Manos Unidas, Misiones; yo mismo tengo sobre mi mesa varias solicitudes de ayuda de Obispos africanos y una propuesta de ayuda del sacerdote responsable de la pastoral carcelaria en la archidiócesis de Tarija.

Y, si queréis, pensad en nuestro entorno inmediato. Algunos de los muchachos mayores del Seminario Menor que recibís catequesis podéis prestar ayuda en vuestras parroquias, colaborando con el sacerdote, que muchas veces no puede atenderlas bien.

Amigos míos: vivimos en una sociedad que está necesitada de nuestro compromiso activo, un compromiso más abierto a todas las necesidades. El estudio no puede ser una ocupación que nos aburguese, sino un trabajo diario que nos plenifique. ¡Y los mayores! Estáis llamados a ser altavoces de vuestra vocación: ser apóstoles de apóstoles.

Os invito a que viváis vuestro trabajo intelectual con auténtico empeño y os ruego que, tanto vosotros como los profesores, hagáis llegar a todos, ellos y ellas, la existencia de nuestros centros porque en una sociedad como la

nuestra es imprescindible apostar por la formación, y la pastoral de la cultura debe ocupar un puesto destacado. Podéis tener la certeza de que no nos conocen, no saben de la existencia de nuestros centros de estudio. Anunciad lo que tenemos entre manos.

Os invito, finalmente, a que os hagáis como niños: sencillos, abiertos, generosos, disponibles, alegres. Y con las palabras de Pablo a Timoteo, deseo finalizar esta reflexión: *Hombre de Dios, busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna a la que fuiste llamado* (Tm 6,11-16).

Que Santa María, Madre del Divino Maestro, nos ayude en este propósito.

Escritos

Una gran fiesta para todos

El día 25 de julio, solemnidad del Apóstol Santiago, es una gran fiesta que debiera ser celebrada por todos con esperanza. Es bien cierto que estamos viviendo unas circunstancias muy complejas. La experiencia del confinamiento, a causa de la pandemia, ha dejado un impacto en la psicología colectiva de la que todavía no nos hemos recuperado del todo. Por otra parte, seguimos percibiendo en nuestro entorno, y en nosotros mismos, los zarpazos del COVID que todavía latente está generando preocupación, dolor y también muertes, aunque en esta ocasión sean más silenciadas que las que se han vivido en la otra etapa del virus. En esta situación, el papa Francisco ha prorrogado el Año Santo, hecho extraordinario que sólo él puede conceder.

Al hablar de Santiago, necesariamente, el imaginario de la mayor parte de las personas los lleva a Galicia y los ubica en esa “Compostela eterna”, como la llamaba el poeta, en donde todos somos y nos sentimos peregrinos. La ciudad del Apóstol ha sido desde tiempo inmemorial un punto de referencia para los sentimientos más íntimos de aquellos que se sienten enraizados en la cultura occidental. No sin razón se ha escrito que Europa, como generadora del sentimiento occidental, se fraguó peregrinando al *finisterrae* de la vieja Hispania. Los que han recorrido el Camino de Santiago, o una parte de éste, saben bien que esa experiencia les ayudó a encontrarse con ellos mismos, a descubrir las raíces de lo más noble de la realidad y de los sentimientos del ser humano. El Camino nos humaniza. La peregrinación nos hace entrar en comunión con la naturaleza de nuestro entorno y en ella nos sentimos como integrados y formando parte de ese cosmos, que de manera armoniosa nos lleva siempre, a través de la belleza contemplada y sentida, a ese gran referente que es nuestro Creador.

Los que formamos parte de este pueblo, que se encuentra situado en el extremo noroeste de la península Ibérica, somos herederos de muchas tradiciones que han pasado y se han asentado entre nosotros; todas ellas han echado raíces que no pueden ser aplastadas por las ideologías que se encuentran de paso. La fiesta de Santiago nos debe unir a todos; no deben tener cabida los sentimientos enfrentados y radicalizados, porque hemos tenido la suerte de haber nacido en una tierra que siempre nos está ayudando a vivir con un corazón abierto a todos los horizontes. Esto lo hemos podido comprobar, una vez más, en la generosa acogida a tantos refugiados de Ucrania; en las múltiples muestras de generosidad, que durante la pandemia hemos podido observar en tantos hombres y mujeres, desde el mundo sanitario, los miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, la Cruz Roja, las Cáritas

diocesanas y parroquiales, los diferentes servicios sociales, muchos de nuestros sacerdotes y religiosas que, de una forma silenciosa y sin espectáculo, supieron estar cerca de los solos y abandonados, y tantas otras realidades que nos hacen sentir orgullosos y llenos de esperanza por la grandeza de los sentimientos de nuestro pueblo.

Cuando llegamos a Compostela y entramos en la Casa del Señor Santiago, podemos deleitarnos en ese templo universal, hogar de peregrinos, que es una hermosa construcción que guarda la joya más noble y profunda de nuestra historia común: la memoria de Santiago, uno de los amigos de Jesús. Este hecho ha sido un elemento catalizador de los grandes sentimientos del ser humano, porque todo aquél que nos da una referencia a ese “Dios vivo entre nosotros”, que fue Jesucristo, encierra en sí la clave de la unión, de la fraternidad, del perdón, de la comprensión, de la tolerancia, de la solidaridad, de la verdad y de la trascendencia del ser humano.

El fenómeno jacobeo o santiaguista, como le llaman otros, ha marcado la historia de Galicia, de España y de gran parte de Iberoamérica. El nombre de Santiago, unido a muchas de nuestras parroquias, villas y grandes ciudades, es una muestra de su fuerza y vitalidad. A pesar de las propuestas de unos pocos que exigen que desaparezca el nombre del apóstol de Jesús de la denominación de nuestros pueblos y ciudades, no se puede olvidar que la historia de nuestros pueblos y de sus gentes es un dinamismo vivo que recorre y da sentido a la cultura de los ciudadanos libres. Cambiar la historia, reinterpretarla, negociarla o ideologizarla es un proceso cargado de una irracionalidad contenida. Los hechos culturales que definen el pensamiento y el quehacer de nuestro pueblo gallego están fuertemente vinculados a la tarea evangelizadora llevada a cabo, muy tempranamente, por los discípulos de Jesús, proceso laborioso que se fue entretejiendo a lo largo de los siglos y que actuó de amalgama y de vínculo de unión entre los ciudadanos. Pretender negar este hecho es ignorar los fundamentos de todo aquello que nos une y nos hace grandes, generosos y abiertos a todos, ya sean peregrinos, turistas, visitantes o los mismos migrantes que abandonando sus países quieren instalar su casa entre nosotros. La tradición jacobea no sólo es una marca publicitaria de especial éxito, que nos hace reconocibles en el extranjero, sino que constituye uno de los fundamentos de nuestra historia y cultura; rechazar este hecho, sin más, constituye un “atentado” contra nuestro patrimonio cultural y lo único que consigue es empobrecernos y clausurarnos en nuestros criterios y opiniones, que sólo nos puede llevar al individualismo y a la autoreferencialidad de nuestras propias ideas.

O futuro da parroquia!!!

A parroquia do futuro

[11-13 setembro 2022]

Benvidos ás (28) Vixésimo octavas Xornadas de Poio. Despois desta paréntese a causa da pandemia, os Delegados para o Clero das dioceses de Galicia e da parte galega de Astorga, despois de unha serena reflexión propuxéronlle ós bispos que as xornadas dos cregos galegos que desde fai 28 anos están a realizarse en Galicia é una experiencia que non se pode perder. É verdade que podemos ter fallos, que non veñen todos os cregos que invitamos, que quizáis podemos buscar outro formato porque este xa está envellecido, pero o que si e certo e que si deixamos de facer este encontro, posiblemente non teremos outra ocasión para encontrarnos, convivir durante unhas horas, rezar xuntos e intercambiar una serie de experiencias que non só nos afectan senón que nos interesan e moito para a nosa vida persoal, para o exercicio do ministerio e para as nosas comunidades.

Unha vez que se tomou a determinación de continuar con estes encontros, tocounos buscar un tema que fose de actualidade para todos nós. Temos que dicir que foron moitos os que saíron na reflexión, pero ó final impúxose pola súa importancia e polo seu interese o que este ano constitúe o eixo central do noso encontro: *A parroquia e o futuro da mesma*.

Algúns podedes pensar que xa está máis que estudado, e é certo; pero o que non podemos esquecer é que temos que estar abertos a novos plantexamentos como o que nos presentou o papa Francisco na súa Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. E, posteriormente, o Dicasterio do Clero ofreceunos un documento que todos estudamos e reflexionamos: *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* (29 de xuño de 2020), no cal fálase do valor da parroquia hoxe, cal debe ser a súa misión evangelizadora como “comunidade de comunidades”. Neste documento ofrécesenos as distintas configuracións nas que se pode concretar a realidade parroquial como poden ser as chamadas “Unidades pastorais”, “Unidades de atención parroquial”, ou tamén “Unidades de atención pastoral”, as famosas UaPs, tan criticadas por algúns, e que de algún xeito quedan refrendadas por este documento do Dicasterio do Clero, coa conformidade do papa Francisco.

Agardamos que as reflexións que aquí se fagan nos enriquezan a todos, pero non podemos esquecer que estas Xornadas teñen un componente moi interesante, que non deberíamos perder de vista, que é o encontro, a convivencia, o intercambio de experiencias de tal xeito que toda a dinámica das

xornadas persigue unha finalidade: enriquecernos para poder enriquecer nós ás nosas comunidades.

Non quixera rematar o meu saúdo sen facer unha lembranza agradecida a tódolos que forman parte das Delegacións do Clero de Galicia polo seu traballo e a súa ilusión na organización destes dous días. E a todos vós pola vosa presenza.

Moitas gracias.

La parroquia: la Iglesia entre las casas de los hombres

Si en la tarea evangelizadora, la familia es la entidad en donde se debe plantear el primer proceso misionero, sin ninguna duda, la parroquia es la que le sigue en importancia. A ella le dediqué, en mi primera carta pastoral, una reflexión especial y a ella me remito, porque es una realidad eclesial altamente expresiva, y sin ella nos sería difícil entender el misterio de fe y comunión que es la Iglesia Católica extendida por el mundo entero. En la parroquia hemos recibido el sacramento del bautismo y, quizás, los otros sacramentos de la iniciación cristiana; sin embargo, los acelerados cambios sociales, así como el creciente fenómeno de la despoblación en el ámbito rural, están provocando un cambio en la clásica fisonomía de nuestras parroquias. Ciertamente que allí donde la vida eclesial se mantiene y vive, la parroquia es la célula pastoral primordial; sin embargo, en algunos lugares de la Diócesis esto ya no es posible. ¿Se puede considerar una parroquia viva aquella en la que falta la comunidad o es incapaz de ser una expresión de fe comunitaria?[1] ¿Se puede seguir sosteniendo una parroquia solo porque hay un hermoso y antiguo templo en torno al cual se han sepultado sus vecinos y siguen haciéndolo, aunque vivan lejos de ese lugar? ¿Estamos obligados a mantener la estructura parroquial tal como la hemos heredado de nuestros mayores? Estas circunstancias, que son nuevas, nos están demandando un estilo diferente de respuestas pastorales. ¿No habrá llegado el momento de comenzar a valorar las llamadas *Unidades de atención parroquial*?

Soy consciente de que estas realidades pastorales ya se están viviendo en nuestra Diócesis, pero revisten la forma de agregaciones pastorales. Ciertamente no son lo mismo, pero intentan dar respuesta a una necesidad que cada día se hace más apremiante. La estructura pastoral con la que estamos funcionando pudiera ser la adecuada para otros momentos de nuestra historia reciente, pero hoy en día se ve que no es posible mantener esta estructura. Proseguir así supondría quemar muchas energías e ilusiones en nuestros sacerdotes y no podemos correr ese riesgo. Las Unidades de atención parroquial son estructuras creadas por el Obispo con el fin de ayudar a la labor pastoral de los sacerdotes y procurar humanizar el ejercicio de su ministerio, abriéndolo a la comunión y a la fraternidad sacerdotal. Sabemos que estas configuraciones pastorales se pueden plantear de diversas maneras, lo que importa no es ni el nombre, ni la estructura, ni siquiera su marco jurídico o su régimen económico; lo que sí importa es que sean lo suficientemente abiertas para que respondan a las necesidades de los sacerdotes y sirvan para una mejor atención a los fieles. El sacerdote, tal como lo estamos contemplando muchas veces, es un simple *expendedor de misas* y, observamos que, a medida que a su responsabilidad pastoral se le agregan otras parroquias, las misas se multi-

plican. Este planteamiento, que no es el deseado por la Iglesia (can. 905 § 2), genera, con el tiempo, en la vida del sacerdote un grave deterioro espiritual y material, pudiendo llegar a metalizar su corazón hasta llevarle a caer en el desencanto, la desilusión y el abandono.

Las *Unidades de atención parroquial* pretenden racionalizar el ejercicio pastoral, hacer que el espíritu de comunión y de fraternidad sacerdotal se hagan más efectivos; por otra parte, es necesario mentalizar catequéticamente a nuestros fieles –como ya se ha dicho– y necesitamos elegir centros de acción pastoral más idóneos, o centros de referencia, en donde el sacerdote, o los sacerdotes, puedan atender con mayor estabilidad a los fieles de las distintas parroquias sobre las que se ejerce su ministerio pastoral; evidentemente, las otras parroquias podrían ser atendidas alternativamente, contando con la disponibilidad del sacerdote y de acuerdo con un horario prefijado que debe ser respetado cuidadosamente. Las *Unidades de atención pastoral* ideales serán aquellas que puedan estar constituidas por dos o más sacerdotes, que estén dispuesto a trabajar en comunión, con disponibilidad, espíritu de humildad y entrega a la causa de la nueva tarea evangelizadora; a ellos el Obispo, en nombre de la Iglesia, les encomendará un área pastoral con similares características geográficas, sociopolíticas, culturales y pastorales, con varios centros de referencia, estableciendo, en diálogo con los miembros del Equipo sacerdotal, las diferentes competencias de cada uno y concretando los criterios de actuación. El éxito o fracaso de estas estructuras pastorales dependerá de todos.

No nos planteamos, por ahora, la supresión de ninguna de las parroquias porque encierran en sí una historia, a veces secular; sin embargo, lamentablemente, esa estructura eclesial, presente en medio de las casas de los vecinos[2], se ha quedado muy sola, como abandonados han quedado, y desgraciadamente siguen quedando, tantos de nuestros pueblos; cuando hay casas y casi ningún vecino, ¿tiene sentido seguir manteniendo la misma estructura pastoral? Sabemos que la parroquia es *una comunidad de fieles, constituida de modo estable*[3], por consiguiente, la parroquia, en sentido canónico-pastoral no es un templo, ni un cementerio, es mucho más. La parroquia es sobre todo una experiencia de fe vivida, celebrada y gozosamente transmitida. Cuando visito alguna de las parroquias de esta Iglesia particular me doy cuenta de que, a veces, el templo antiguo –en ocasiones una joya arquitectónica que debemos custodiar– ha quedado aislado y casi siempre rodeado del cementerio que, en muchas ocasiones, ha invadido –ignoramos el motivo de semejante praxis– el atrio que circundaba la fábrica del templo desde sus orígenes y, a cierta distancia, en medio del pueblo, se ha construido un nuevo complejo parroquial. Otras veces, una capilla de la parroquia, o un santuario, gracias a su buena situación –cerca de donde viven los fieles– se ha convertido en centro estable de culto dejando

el templo parroquial para celebraciones ocasionales. Esta praxis, llevada a cabo por nuestros predecesores –tanto sacerdotes como obispos– seguro que en su día no fue una solución fácil, que generó conflictos y enfrentamientos, pero sin duda alguna fue una determinación oportuna y pastoralmente acertada.

Es necesario que uno de los objetivos de *Ourense en misión* sea, precisamente, llevar a cabo un replanteamiento de esta reorganización pastoral. Necesitamos elaborar unas catequesis adecuadas acerca de lo que es la parroquia, su origen, historia, sentido, misión, sin olvidar su evolución en el tiempo. No se pueden hacer planteamientos simplistas de la realidad. A los feligreses no les podemos decir que no pueden tener Misa los domingos porque *no hay vocaciones para curas*, es que, ¿acaso si tuviésemos más ordenaciones sería pastoralmente correcto nombrar un párroco para una comunidad de doce o veinte personas que ni cantan, ni leen, ni abren el templo y, muchas veces, son tan mayores que ya no pueden acercarse a la iglesia? Las reestructuraciones llevadas a cabo por los organismos públicos son un ejemplo claro: ¿se ha cerrado el grupo escolar porque no hay profesores, o más bien se han clausurado esos y otros servicios porque no hay vecinos? La necesidad de crear centros de culto y de atención pastoral se fundamenta en el descenso poblacional y en el lamentable abandono del mundo rural. Cualquier otra explicación sería superficial. El sacerdote debe estar presente en medio de su pueblo, pero ciertas estructuras parroquiales no justifican la presencia permanente del ministerio sacerdotal. Si de lunes a viernes nuestros pueblos quedan abandonados y sus gentes viven en la ciudad o en las villas cercanas, ¿justifica esa legítima actitud de nuestros fieles la exigencia de la presencia del sacerdote en esos pueblos casi desiertos de personas? Esto no quiere decir que el sacerdote no vaya durante la semana a atender a los pocos residentes, sobre todo enfermos y ancianos, incluso celebrarles una Eucaristía; sin embargo, la presencia de la Iglesia debe ser diferente a la de otros momentos de nuestro pasado reciente. Se trata de una presencia distinta, no de su ausencia, como ha sido el caso de ciertos organismos de servicio público.

La necesidad nos está obligando a que pongamos toda nuestra capacidad imaginativa para constituir otras formas de organización y de presencia pastoral. En nuestra Diócesis estamos comenzando a formar *Unidades de atención parroquial*[4] o unidades pastorales que puedan ofrecer a los fieles dispersos por varias aldeas y parroquias los auxilios espirituales y la atención materna de la Iglesia, sabiendo que la parroquia es la expresión más viva de la maternidad de esa Iglesia que siempre busca hacer realidad la *salvación del hombre* que es su ley suprema[5]. Bien es verdad que ésta es una problemática que está afectando no sólo a nuestra Diócesis, sino a la mayor parte de las Iglesias hermanas tanto de Galicia, como del resto de España y de Portugal.

Se constata que, desde hace años, nuestra Iglesia está realizando serios esfuerzos y empleando recursos humanos y económicos para poder atender pequeños núcleos de población en donde la mayor parte de sus habitantes son pocos y ancianos, y cada vez menos. Por otra parte, se da la circunstancia de que, a veces, esas comunidades son atendidas por sacerdotes jóvenes, y allí donde hay una población de menor edad se encuentran situados los sacerdotes mayores y eméritos. El problema generacional aplicado a las tareas pastorales está sufriendo una grave descompensación, asunto no de poca importancia; y esto se deja sentir en la creciente ausencia de nuestros niños y jóvenes –donde todavía los hay– en las celebraciones por no sentirse atendidos y acogidos, aunque esta no es la norma general, ya que siempre se dan excepciones. Aun así, los obispos de Galicia y del resto de España –y también los de las diócesis hermanas del norte de Portugal– estamos preocupados por esta situación. En algunos foros pastorales, al más alto nivel, se está pidiendo una reflexión conjunta que se concrete en una serie de disposiciones vinculantes para que se reestructuren las parroquias y se distribuya mejor el clero.

Mientras esto no se lleve a cabo, es necesario que con ocasión de este proyecto de *Ourense en misión* nos pongamos en camino y para ello os propongo estos pasos:

Elaborar unas catequesis adecuadas sobre la parroquia, tal como he dicho antes, y que ***un equipo misionero*** integrado por sacerdotes y laicos cualificados, coordinado desde la Vicaria para la Pastoral, se acerque a los diferentes núcleos parroquiales para explicar y proponer formas de viabilidad pastoral.

De acuerdo con los sacerdotes, buscar y crear aquellos centros de atención y de culto que sean más significativos y operativos.

Ofrecer a los sacerdotes los cursos adecuados, con las dinámicas oportunas, para conseguir esa conversión pastoral que nos reclama la Iglesia.

Crear una praxis canónica adecuada que regule las actividades administrativas con el fin de ayudar a los sacerdotes en el ejercicio de sus tareas pastorales.

Apostar por las llamadas *Unidades de atención parroquial*, ya sea presididas por un presbítero, o bien por un *Equipo sacerdotal*. Es necesario crear una mentalización positiva de estas nuevas estructuras –o de otras si las hubiere– entre todos los miembros del Presbiterio.

Hacer más operativo, y existencialmente más vivo, cada uno de los Arciprestazgos. Es necesario revisar con frecuencia el método a seguir. No nos olvidemos que el Santo Padre nos indica que *renovemos nuestros métodos* pastorales. No podemos quedar anquilosados y seguir haciendo lo mismo de siempre. Sería conveniente que se le propusieran al Obispo aquellos sacerdotes que pudieran liderar –pastoralmente hablando– las tareas de los Ar-

ciprestazgos. No nos olvidemos que en la Iglesia los cargos no deben ser entendidos como estructuras honoríficas, sino como servicio de comunión y de fraternidad.

Sacerdotes evangelizados y evangelizadores

Si la invitación a implicarnos en esta *nueva etapa evangelizadora* va dirigida a todos los cristianos, de manera especial debe encontrar un eco singular en el estilo de vida y en el ejercicio del ministerio de los sacerdotes, porque ellos son agentes natos de esta nueva tarea que para esta Iglesia particular se convierte en una necesidad pastoral. Nuestro pueblo, a pesar de las graves intoxicaciones informativas y de algunos malos ejemplos, quiere y siente un aprecio grande por los sacerdotes. Este es un motivo humano que nos tiene que llevar a intensificar la vivencia coherente del ministerio sacerdotal, sabiendo que estamos al servicio del Pueblo de Dios[6]. Esto constituye el ejercicio concreto de la caridad pastoral vivida como *arte de las artes*[7].

NOTAS:

- [1] Conviene precisar que en nuestra tarea pastoral no podemos dejarnos llevar de la eficacia sociológica, es decir, centrada solo en las estadísticas. No es esto lo que queremos afirmar. Lo que se plantea es lo siguiente: si la parroquia es y supone la presencia de una comunidad viva, constituida de modo estable, ¿pueden ser consideradas parroquias aquellas agrupaciones de cuatro, seis o doce personas que debido a una serie de circunstancias no han abandonado todavía la aldea o ese pueblo? Está claro que la Iglesia no puede dejar de atender a esas personas, aunque sean muy pocas y sean ancianos o se encuentren enfermas. Allí se encuentra el rostro pobre de Dios y en ese lugar debe estar presente el rostro de la madre Iglesia. De lo que se trata es de descubrir cómo se puede llevar a cabo esa presencia.
- [2] Cfr. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, n. 27.
- [3] CIC, can. 515 § 1.
- [4] Utilizo el término *unidades parroquiales* porque el de *unidades pastorales* es más ambiguo, ya que en realidad también los arciprestazgos son, o pueden ser considerados como unidades de acción pastoral.
- [5] Cfr. *Salute animarum, quae in Ecclesia suprema semper lex esse debet* (CIC, can. 1752). Así reza el último canon del *Código de Derecho Canónico*.
- [6] Cfr. Vaticano II, *Lumen gentium*, 10.
- [7] Cfr. S. Gregorio Nacianceno, “*Tengo para mí que el gobierno de las almas es el arte de las artes, la ciencia de las ciencias*” (*Oratio ad fugam*, 16); en este mismo sentido se puede mencionar a S. Gregorio Magno, *Regla Pastoral*, 1.

En la revista diocesana *Comunidade*

Julio

La importancia de la formación

El pasado 11 de junio he podido asistir a la Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española, acto multitudinario realizado en Madrid. Fue un acontecimiento singular en donde se nos presentó la “Síntesis sobre la fase Diocesana del Sínodo sobre la Sinodalidad de la Iglesia que peregrina en España”. En la riqueza del documento nos encontramos con esta afirmación: “El paso de la vivencia interior de la fe a la presencia pública transformadora de la sociedad tiene como puente la formación”.

Quisiera centrarme en esta idea puente que es imprescindible para una fe informada, transformadora y, además, clave para todo proceso de conversión personal y pastoral. En nuestra Iglesia Diocesana tenemos dos centros académicos, de rango universitario, que son entidades abiertas a todas las personas. Por una parte, tenemos el Instituto Teológico Divino Maestro, donde no sólo se forman aquellos jóvenes que han sido llamados al ministerio sacerdotal, sino que, desde este próximo curso, por deseo expreso del Santo Padre, estará abierto a toda persona, tanto alumnos como alumnas, que quiera obtener una buena formación en el ámbito filosófico-teológico. Cuando se finalicen los cinco años de estudio, con una docencia personalizada en horario de mañana, las personas matriculadas obtendrán el título de Licenciatura en Estudios Eclesiásticos o, para utilizar el término clásico: Bachillerato en Teología. Con esta titulación no sólo se podrá obtener una buena formación humanística, sino también una amplia visión de la Teología católica.

Por otra parte, con esa titulación, los alumnos y alumnas podrán conseguir la habilitación oficial para diferentes materias recogidas en el curriculum de la ESO y del Bachillerato.

Os invito a que aprovechéis bien estos medios que la Iglesia pone a nuestro alcance. La situación compleja y cambiante de nuestra sociedad nos exige tomar en serio nuestra formación rigurosa sobre la fe católica, la historia de la Iglesia, el campo apasionante de la Sagrada Escritura y otras disciplinas del saber.

Quisiera que, ahora que comienza el tiempo de verano, reflexionéis sobre la importancia que tiene nuestra formación. Apostar por nuestra formación teológica es abrirnos al futuro para construir esos puentes necesarios entre la cultura y la fe. Un puente que pasa, ineludiblemente, por la formación.

Otro día os hablaré del otro Centro de Ciencias Religiosas que, desde hace

unos años, lleva a cabo sus tareas docentes, por las tardes, en la sede del Seminario Menor A Inmaculada.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Agosto

Llamados para evangelizar

¡Cuánto se ha hablado en los últimos decenios acerca de la “evangelización”! ¡Cuántos proyectos y cuántos estudios sobre esta compleja realidad! ¡Cuánta riqueza doctrinal nos han ofrecido los últimos pontífices sobre este tema! Desde san Pablo VI, el término evangelización ha despertado una urgencia excepcional y, consiguientemente, ha tenido nuevas resonancias en la pastoral y en la teología católica. Más en concreto ha sido urgido por san Juan Pablo II, que fijó la tarea actual de la Iglesia en la nueva evangelización. Se la denomina nueva no en cuanto a su contenido, sino porque desea responder a los nuevos retos culturales y, al mismo tiempo, porque siente el deber de comunicar de nuevo, sobre todo a la cultura occidental y lo que ella representa, la gran novedad de la persona de Jesucristo y su mensaje salvador. Pero esta evangelización ha de ser nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones. En los últimos años, la misma expresión nueva evangelización ha sido urgida en varios documentos por los papas Benedicto XVI y por el Santo Padre Francisco, que ha hecho de la nueva tarea evangelizadora el impulso central de su pontificado.

Si nos dejamos llevar por esos datos, podemos concluir, sin ningún riesgo a equivocarnos, que la evangelización es un proceso muy importante, y lo es porque pertenece a lo más profundo de la misión y de la acción de la Iglesia en el mundo. Es más, podríamos afirmar que es la vida misma de la Iglesia que intenta plasmar en la realidad de los hombres y mujeres de cada momento de la historia la misma existencia de Jesucristo, el Dios vivo. En realidad, evangelizar es anunciar el Evangelio de Jesucristo, que es el Evangelio eterno (Ap 14, 6), es acercarnos a la actuación misma del Señor resucitado en la vida de cada creyente, porque Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena.

A pesar de las muchas teorías y de tantas claves de actuación, sigue siendo evidente que la auténtica evangelización consiste en anunciar el nombre, la vida, la doctrina, en definitiva, el misterio inefable de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, Aquél que es principio y fin de la Historia, Nuestro Señor Jesucristo. Por eso, se llegó a afirmar con mucha fuerza que el punto clave de la llamada nueva evangelización consiste en la fidelidad a la persona y a la doctrina de Cristo Jesús. Toda la Iglesia debe convencerse de que esta nueva etapa en la evangelización de siempre consiste en una profundización de nuestra fe y, como consecuencia de ello, una respuesta vigorosa a la vocación cristiana a la santidad y al servicio. Ningún cristiano puede quedar al margen de esta realidad sustantiva de su vocación; todos los bautizados deben sentirse convocados para implicarse en este proceso porque la obra de la evangelización fue el primer punto de la ignición apostólica de la Iglesia y todo creyente debe reactivar en su vida este dinamismo, de ahí que, siguiendo al papa Francisco, es imprescindible una apertura constante de nuestros corazones a la conversión personal como clave fundamental para toda conversión pastoral.

En este tiempo estival, en el que algunos podréis tomar algunos días de descanso, os ruego que os preparéis para el nuevo curso pastoral. Hace unos días concluimos las jornadas organizadas por la Vicaría de pastoral, en las cuales el Consejo pastoral diocesano, laicos, religiosos, sacerdotes y obispo se han reunido para rezar juntos, reflexionar juntos, caminar juntos y, sobre todo, hacer una experiencia de Iglesia que quiere caminar unida. Al vivir esa experiencia nos hemos dado cuenta de que todos, por ser bautizados, estamos llamados a una vida santa y que sin santidad personal no seremos capaces de ponernos en marcha para vivir esta nueva tarea evangelizadora. Todos somos responsables de esta misión que se nos ha confiado, sin embargo, sin caer en ningún tipo de clericalismo, los laicos son conscientes de que, en gran parte, este hermoso proyecto depende mucho de la fidelidad y entrega de los sacerdotes.

Es muy importante convencernos de que sin una experiencia viva de Jesucristo es imposible descubrir que nuestra vocación es, sobre todo, misión. Y esta tarea misionera brota de la entrega y de la fidelidad a los compromisos contraídos el día de nuestra ordenación. Es necesario revitalizar constantemente nuestra disponibilidad y saber descubrir que el querer de Dios siempre se hace realidad en medio de las luces y sombras de nuestra existencia. Pidamos mucho por los sacerdotes y por las vocaciones al ministerio para que nunca nos olvidemos de que esos compromisos de amor que hemos realizado ante el altar del Señor y en el corazón de la Iglesia, que es nuestra Madre, se convierten en retos constantes de fidelidad para la misión. Una misión que

no podemos traicionar. Podemos fallar, equivocarnos, desanimarnos, pero no podemos olvidar nunca que los fracasos santifican, las omisiones no.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Septiembre

Catecumenado Matrimonial

La formación es una tarea que abarca toda nuestra existencia. Si en algún momento pudiéramos pensar que ya estamos formados, en ese instante firmaríamos nuestro “parte de defunción” profesional y pastoral. Para ayudarnos y acompañarnos en este proceso de formación, teniendo en cuenta los diferentes niveles, nuestra Diócesis ofrece los servicios de dos centros académicos universitarios en los que todos los que lo desean, religiosas, seminaristas y laicos –ellas y ellos– pueden adquirir una formación filosófica, teológica, escriturística, canónica y pastoral, con la cual poder dar razón de nuestra fe. Esas instituciones son el Instituto Teológico Divino Maestro, centro afiliado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, que imparte sus clases en el Seminario Mayor Diocesano, y el Centro Superior de Ciencias Religiosas que realiza su docencia desde las aulas del Seminario “A Inmaculada”, en horario de tarde-noche, en donde se imparten las mismas materias pero más abreviadas. En ambos centros se puede obtener la Licenciatura en Estudios Eclesiásticos (Bachillerato en Teología) o bien la Licenciatura en Ciencias Religiosas, ambos títulos con validez civil.

Además de los centros académicos, que hemos mencionado, también tenemos el Instituto da Familia, vinculado a la Universidad Católica de Ávila, que nos ofrece la ayuda necesaria en un ámbito tan importante como es el matrimonio y la familia. No nos podemos olvidar que comunicar y presentar las actividades de estos centros es tarea de todos los agentes de pastoral de esta Diócesis. Formarnos bien, hoy más que nunca, es una tarea imprescindible si queremos ser esos testigos-misioneros que la Iglesia necesita.

En este sentido, bajo el título *Anuncio y educación en la fe*, nuestro Sínodo Diocesano ha realizado una reflexión sobre la importancia de la catequesis y de la formación a todos los niveles, sin excluir el ámbito familiar, ¡todo lo contrario! Ya que es ahí en donde se realizan los aprendizajes más importan-

tes para la vida de fe. En este sentido, son muchos los esfuerzos que se han venido realizando en nuestra Diócesis, sin embargo, es necesario reconocer que no han sido suficientes. Por eso, la formación, la catequesis y la instauración del catecumenado son tareas en las que debemos implicarnos todos mucho más. En este sentido, me sentí gratamente sorprendido, con la publicación que el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida realizó el pasado 15 de junio de 2022. El documento lleva por título *Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial*. Viene precedido de un prefacio del papa Francisco.

Son varias las claves de este documento interesante; una de ellas es la importancia que debemos dar a la formación personal, a todos los niveles y en todas las situaciones de la vida. En los primeros párrafos de este Itinerario se nos dice que en la mayoría de los casos pensamos que con una preparación rápida de aquellos que se quieren casar, pocas semanas antes de la celebración del rito del Matrimonio, ya cubrimos las expectativas que nos exige la recepción del sacramento. Resulta que si un bautizado quiere recibir los ministerios o el sacramento del Orden, la Iglesia le exige un periodo largo de preparación y, aun así, los expertos manifiestan que los años previstos en el Plan de Formación son insuficientes. Sin embargo, en el caso del Matrimonio, un sacramento que es para toda la vida, basta tan solo con unas lecciones, a veces superficiales, para cubrir un expediente. No nos olvidemos que en bastantes ocasiones, con esta preparación epidérmica, las parejas corren el riesgo de celebrar matrimonios nulos o con fundamentos tan frágiles que no resisten los primeros años. Ya san Juan Pablo II afirmaba, en la Exhortación apostólica *Familiares consortio* (1981) n. 66, que así como para el Bautismo de adultos era imprescindible un catecumenado como parte del proceso de preparación para el sacramento, de igual modo se necesita una sólida preparación para el Matrimonio, así como un acompañamiento pastoral de los novios y de los esposos.

En esta ocasión, el Dicasterio romano nos ofrece a los sacerdotes, a los esposos y a todos los que trabajan en la pastoral familiar, una visión y una metodología renovadas acerca de la preparación para el sacramento del Matrimonio y para la vivencia de la belleza de la vida matrimonial. En este documento nos presenta, a las Iglesias particulares, una serie de itinerarios y orientaciones para acompañar las diversas etapas del camino sacramental. Este camino no finaliza con el rito del Matrimonio, tal como piensan muchos, sino que se despliega lo largo de la existencia de la vida en común. Nos habla de los tiempos de preparación, del momento de la celebración, de los años sucesivos al rito del matrimonio –especialmente en los primeros años–, y las situaciones de crisis. En realidad, se trata de un itinerario catecumenal para la vida conyugal.

La Iglesia, como “Madre” y “Maestra”, está pendiente de sus hijos y, de

manera especial, de nuestra formación, de ahí que entre todos necesitamos ayudarnos para que el conocimiento del misterio de la fe sea cada vez más profundo; para ello, preocupémonos de mostrar los cauces que en esta Diócesis poseemos para que este proceso formativo se haga realidad en la vida de los hombres y mujeres de nuestro pueblo. Hace años que están ofertando sus servicios los centros académicos universitarios de la Iglesia en Ourense y, todavía hoy, muchas personas ignoran que existen y que están abiertos a todos, piensan que son única y exclusivamente entidades al servicio de los eclesiásticos. No es así. Todos los centros eclesiales están abiertos a todas aquellas personas que desean profundizar en su fe o en los distintos saberes filosófico-teológicos que configuran el currículo académico de estos centros.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense